

El Serrallo de Tarragona: de barrio marinero a enclave temático para turistas y visitantes

Miguel González Márquez

Doctorat d'Antropologia, Universitat Rovira i Virgili¹

miguel.gonzalez@estudiants.urv.cat

Resumen: El barrio tarraconense del Serrallo vive, por sus particulares condiciones históricas y espaciales, un proceso de transformación que, pese a haberse iniciado hace ya algún tiempo, es hoy especialmente visible. Tanto la administración pública como importantes capitales privados han repensado este barrio, antes bastante degradado, y están desarrollando estrategias basadas en la elitización y la tematización. Los viejos y nuevos usuarios y vecinos viven, con mayor o menor acuerdo, el impacto económico, espacial y demográfico resultante de esas transformaciones. Este artículo pretende ofrecer una orientación sobre las vías por que se encamina el urbanismo actual a partir del análisis de este pequeño pero representativo espacio urbano.

Palabras clave: elitización, tematización, globalización, urbanismo, barrio portuario.

Abstract: Due to its specific historic and spatial origins, the Serrallo quarter of Tarragona is undergoing a transformation process which, though it commenced some time ago, is particularly visible today. Both the public administration and significant private funds are responsible for the reinvention of this formerly degraded neighbourhood and are implementing strategies based on gentrification and thematization. Both established residents and newcomers are experiencing, with varying degrees of approval, the economic, spatial and demographic impacts resulting from the modifications made by appointed urban officers. This article aims to describe the channels through which the current urbanisation process is directed in this small but representative urban area.

Keywords: gentrification, theming, globalization, urban development, port district.

1. Programa de Máster en Antropología Urbana. Este texto forma parte del trabajo final del posgrado en Antropología Urbana. Quiero agradecer al Dr. Joan J. Pujadas su asesoramiento y apoyo en la elaboración de este texto.

El Serrallo no es un lugar cualquiera de Tarragona; es un barrio viejo con mucha personalidad, tanta que al adentrarnos en él pronto nos sentimos rodeados del peculiar carácter que le ha dado el hecho de ser durante mucho tiempo el único enlace de la ciudad con el mar. Por su histórica vinculación con la pesca, todavía hoy conserva el apellido “de pescadores”, pese a que esta actividad se ha visto reducida en los últimos años. Situado en la zona meridional de la costa de la ciudad, hoy se extiende entre el puerto comercial y el actual puerto deportivo, justo en la línea costera que da al puerto pesquero.

El origen del barrio fue, precisamente, la actividad pesquera. Los pescadores de Tarragona de la segunda mitad del siglo XIX se fueron desplazando desde la playa del Miracle hacia la zona del Serrallo actual, a medida que se fue configurando el fallido paseo marítimo de la calle del Mar y se incrementaron las actividades portuarias vinculadas con el comercio, como explica Elena de Ortueta en su obra sobre el urbanismo tarraconense. El Serrallo fue el espacio que les quedó para poder ejercer su actividad. En un principio no se pretendió levantar un barrio; de hecho, sus primeras construcciones eran casetas provisionales de madera destinadas a albergar actividades vinculadas a la pesca, como el pesado y la venta, a las que la población local llamaba *botigues de mar*. Poco a poco, sin embargo, los pescadores empezaron a habitar la zona hasta configurar un barrio que surge como resultado de la espontaneidad de los pescadores y de la inyección de dinero de especuladores que edificaron en las fincas que ocupaban las barracas. La ausencia de planificación desde su origen explica la estrechez de sus calles, así como las manifiestas carencias del barrio en materia de infraestructuras.

Tiene este lugar una sólida identidad, recogida y concentrada en sus límites espaciales y fruto de los años de separación del resto de la ciudad. Su vida ha sido tan propia que sus habitantes aún hablan de “subir a Tarragona”. Sus vecinos y toda la ciudad saben dónde empieza y dónde termina el barrio. Sus límites están claros para quienes lo habitan y viven, pero esto no implicó que el Serrallo fuera un barrio ajeno a todo lo que acontecía tanto en Tarragona como en el exterior, pues sus límites, aunque claros, siempre fueron permeables. Y si siempre fue permeable como enclave marítimo que es, hoy, en medio de una globalización omnipotente y omnipresente, lo es más aún.

En efecto, los cambios técnicos —o avances, según se mire— han transformado la economía mundial, y también las ciudades: “Los principales procesos

dominantes de nuestra sociedad se articulan en redes que conectan diferentes lugares y asignan a cada uno un papel y un peso en una jerarquía de generación de riqueza, procesamiento de la información y creación de poder, que en definitiva condiciona el destino de cada localidad [...]. El espacio de los flujos [...] es la lógica espacial dominante porque es la lógica espacial de los intereses/funciones dominantes de nuestra sociedad [...] el dominio estructural de su lógica altera de forma esencial el significado y la dinámica de aquéllos [los lugares]” (Castells: 448-461).

Este mundo de flujos, hablando desde una perspectiva global, ha hecho que las ciudades postindustriales, en términos de lo local, se hayan orientado hacia una renovación por las vías de la terciarización económica para resultar atractivas al capital en movimiento y destacar entre otras muchas ciudades que pretenden su atracción, ya sea como inversores explícitos o como turistas.

Se genera así un mercado de posiciones que encabezan las principales ciudades globales o nodos (Sassen, 1991), que se han renovado siguiendo estrategias que no han dejado indiferentes a los científicos de la ciudad ni a los habitantes. Pero las consecuencias de la globalización no afectan solo a estos grandes nodos, sino que impulsan la reformulación de ciudades intermedias como Tarragona. Por lo general, los poderes públicos urbanos, atónitos ante el éxito mundial del modelo de “ciudad acogedora” (Pujadas, 2005) al estilo de Barcelona, insisten en encajar (o, más bien, en imponer con el argumento de los votos electorales) ese modelo de ordenación en realidades urbanas de distintos lugares sin preguntarse —o al menos eso parece— por las consecuencias sociales que implica tomar ese camino en cuanto al derecho a la ciudad (Lefebvre, 1978) y la justicia social de forma más general. Es ahí donde la etnografía puede darnos información sobre las causas reales y efectos consecuentes de optar por el modelo de renovación urbana que aquí comentamos.

La reacción local a la lógica global, lo *glocal* (Swyngedouw, 1992; Robertson, 1994; Courchene, 1995), ha generado diversos fenómenos estratégicos que, salvando las diferencias generadas por los condicionamientos básicos de cada lugar, se repiten en muchas ciudades. Por una parte, en unas zonas concretas, se da lo que se ha denominado “gentrificación” o elitización, que consiste en la puesta en valor de barrios degradados (en todos los sentidos), por lo general zonas históricas o industriales venidas a menos que gozan de buena posición espacial pero se encuentran en mal estado. Normalmente, según las teorías so-

bre urbanismo de diferentes especialistas, la inversión y revalorización de que hablamos no implica un retorno a su estado originario, sino un encarecimiento que lleva consigo ciertos cambios respecto a su población y sus actividades que los vecinos viven en primera persona. El otro fenómeno, que tiene lugar a nivel de ciudad, es la organización de grandes eventos, que tienen por objetivo convertirla en punto de referencia y suponen el desarrollo de grandes infraestructuras.

Estos procesos de transformación están capitaneados por lo que D. Harvey llama “actores dominantes del espacio urbano regional” (2005), es decir, por poderes políticos locales, así como por grupos de peso del sector privado (principalmente promotores, constructores y empresarios), que invierten con decisión ante la revalorización de la zona que se seguirá de la inversión pública.

Desde que visité el Serrallo por primera vez en 2007, el barrio ha experimentado considerables cambios, algo que no deja de ser lógico, si tenemos en cuenta que es tanto un barrio histórico como una zona industrial venida a menos, circunstancias que hacían de este espacio un objetivo preferente de la renovación urbana, tal como se entiende en el urbanismo más generalizado. Así, nos encontramos ante un barrio en transformación donde pueden verse muchos rasgos del citado fenómeno de la elitización.

Lo más destacable que he podido observar en primera persona es la enorme inversión pública y privada en infraestructuras y viviendas, que ha alimentado el proceso de transformación del espacio y su actividad. La nueva lonja, un parking subterráneo, un paseo que conecta el puerto pesquero con el deportivo y el nuevo muelle de lujo, así como el acondicionamiento de las calles interiores, son los proyectos de los últimos años con más repercusión. Los vecinos echaban la inversión en falta, pues no eran pocos los problemas que tenía el barrio (olores, desagües, soterramiento, degradación, etc.). Casi todos los vecinos agradecen que, aunque sea tarde —como dicen algunos— y pese a las “dudosas intenciones” —como comentan otros—, se haya invertido en él, pues el barrio, y en esto coinciden todos, “estaba que daba pena”.

Pese a la magnitud de la inversión, aún se pueden ver rastros del pasado tanto materiales, como las fachadas, como inmateriales, como el imaginario. De hecho, es lógico que permanezcan pistas de lo que el barrio fue en su día, pues justamente eso, el “capital cultural heredado” (Bourdieu: 1988:69), constituye un factor de atracción para las clases medias y altas que encuentran en “lo

auténtico” del lugar un encanto especial para habitarlo o disfrutarlo temporalmente. Este aprovechamiento del bien histórico del barrio suele estar presente en los mencionados fenómenos de elitización.

Puede percibirse que el Serrallo es aún un barrio en transformación, si comparamos sus zonas nuevas y viejas, así como sus viejos y nuevos agentes sociales, conformes o disconformes.

Al cruzar el puente metálico de acceso al barrio, sobre el fondo de barcos y grúas, se dibuja una estampa que interpreto como una metáfora de la realidad, siendo la estampa la realidad misma. A la derecha, en el bar de la esquina con la calle Gravina, charlan al sol del mediodía un pequeño grupo de pescadores de unos cincuenta años edad que mezclan catalán y castellano entre cigarrillos y quintos de cerveza desde hace ya un buen rato. Sus gorras de propaganda, sus bigotes y barbas descuidadas, sus ropas y zapatos manchados contrastan con los grupos de familias que, inmaculados, atraviesan el puente o salen a cuentagotas de la boca del nuevo parking situado a la izquierda de este. En estos pocos metros caminados, ya adentrados en el barrio, se pueden ver, espacialmente hablando, dos de sus tres partes fundamentales: las calles interiores y la primera línea.

Los feligreses del bar marchan a casa a comer, justo al revés que las familias y grupos de gente sin niños, que continúan llegando al barrio y doblando la esquina de la calle Trafalgar para disfrutar de la gastronomía en un paisaje con encanto reformado hace poco tiempo.

También en estos pocos metros caminados podemos ver y poner en contraste, ahora socioeconómicamente hablando —en función de su posición en el proceso de transformación del barrio—, los dos sectores de usuarios del lugar. El viejo sector lo componen los viejos vecinos y trabajadores relacionados con la actividad pesquera, así como los establecimientos supervivientes dirigidos a su consumo. El gusto y la capacidad de consumo de este viejo sector, hoy en decadencia, contrasta con el de los nuevos usuarios del barrio: turistas de todas partes y nuevos hosteleros. Ambos sectores discrepan sobre los fines y la calidad de las inversiones realizadas en el barrio. Según los nuevos hosteleros y consumidores, el sector emergente, el barrio ha salido ganando con las obras, ya que se ha incorporado a la ciudad y se ha convertido en una zona de referencia dentro del sector servicios. En el sector opuesto, hoy en decadencia, los viejos hosteleros y vecinos cuentan que han salido mal parados desde el

punto de vista de la habitabilidad y la movilidad. Desde que empecé a conocer las opiniones de la gente del barrio encontré algunas personas que evaluaban las inversiones como un paso atrás en la habitabilidad, por cuestiones como el encarecimiento y la falta de aparcamiento. Así, muchos vecinos comentan que estas obras solo han servido a un sector concreto, que ha obtenido beneficios de sus inversiones, y a los usuarios pudientes, que encuentran en el barrio un nuevo espacio de ocio.

Prosiguiendo con el contraste, nos detenemos a observar las calles interiores. En estas calles, casi todas sombrías por su estrechez, se pueden ver las cocinas de los restaurantes de la primera línea, que suelen tener las puertas abiertas para mover las mercancías y aliviar el calor. En esas puertas descansan a ratos quienes allí trabajan. Los trabajadores, por lo general, no suelen ser vecinos del barrio, sino habitantes de los barrios de la periferia que van al Serrallo a trabajar diariamente, *commuters* (Pujadas, 2005) que no ven en el barrio del Serrallo un sitio encantador donde comer, sino un lugar de trabajo precario al servicio de consumidores pudientes. Son, por lo general, inmigrantes jóvenes de origen sudamericano o magrebí que se pueden ver al pasar mientras fuman un cigarrillo rápido charlando con alguno de los vecinos de los bajos que quedan habitados o con alguna vecina que tiende en su balcón. Desde estas calles interiores, los trabajadores coordinan el funcionamiento de los servicios de la primera línea, como si de una tramoya se tratase. Mientras tanto, no cesan de llegar variados comensales que completan esta estampa que convierten el Serrallo en un testimonio más de “la polarización y estratificación de la población mundial en ricos globalizados y pobres localizados” (Beck, 1998: 89).

Tanto los trabajadores transnacionales no cualificados como los vecinos autóctonos —en un elevado porcentaje pertenecientes a la tercera edad— responden al perfil del habitante de estos barrios históricos antes de que recuperasen el interés de los grupos dominantes como resultado del proceso de terciarización económica y la consecuente renovación urbana. Los dueños de las viviendas ignoraron la degradación de muchos inmuebles durante años. Así, muchos vecinos optaron por vivir en otros barrios más modernos donde las casas eran asequibles y estaban poco dañadas, a diferencia de las de su barrio, desatendidas por lo general, cuando no inasequibles. Estas casas degradadas fueron cerradas e ignoradas o habitadas por inmigrantes magrebíes y subsaha-

rianos sin recursos que accedieron a ellas a un precio asequible, de acuerdo con su posición social de recién llegados.

Estos usuarios, pertenecientes a lo que se ha venido llamando “clase popular”, desarrollan en las calles interiores su vida en el Serrallo. Algunas de estas calles han salido ganando con las obras mencionadas, ya que se han hecho peatonales y es posible caminar por ellas con tranquilidad; otras, especialmente las del interior, mantienen el tráfico y sus aceras son muy estrechas para el peatón, al igual que el asfalto lo es para los conductores, pues hay pilotes a uno y otro lado.

Por esas calles, peatonales o no, se pueden ver negocios cerrados, pequeños almacenes de alimentación y una farmacia, entre otros establecimientos. Entre portones de madera sellados con cadenas hace bastante tiempo hay un locutorio en cuya puerta hablan pequeños grupos de subsaharianos.

En esas calles interiores se pueden ver también algunos bares que llevan bastantes años abiertos y conviven con nuevos restaurantes. Las barras metálicas y los menús plastificados de los primeros, por lo general vacíos, desentonan con el mobiliario sofisticado y las largas cartas encuadradas de los segundos, por lo general frecuentados.

Hay una placita y algún ensanche entre los edificios del interior que deja espacio para algún banco donde rara vez se sientan algunos jubilados con el periódico y algunas bolsas de compra. El espacio está decorado, además de con un cartel que prohíbe jugar a pelota, con algunas banderas de Tarragona que cuelgan de pared a pared y cuyo origen, posiblemente, es la fiesta del Carmen, patrona de los marineros.

Tanto en la placita como en las calles, en todas las plantas, se pueden leer muchos carteles que anuncian la venta de casas degradadas junto a otros carteles que promocionan viviendas de nueva construcción. La población autóctona y los jóvenes inmigrantes coinciden en que la degradación del barrio era evidente en lo material, pues en lo social todos coinciden en que no se trata de un lugar problemático.

Antes del interés que evidencian los carteles de ventas y alquileres de las empresas se vivió una etapa de absoluta dejadez por parte de los propietarios de las viviendas. Esta cuestión es fundamental, ya que, según Neil Smith (1982), la clave del proceso de recalificación está en la relación entre el valor del suelo y el de los inmuebles, que, degradados, hacen que la renta capitalizada del solar

sea menor que la renta potencial del suelo, lo que supone un alto atractivo para los inversores. Estos carteles del Serrallo dejan claro el interés de las empresas de la construcción por rehabilitar y construir en esta zona degradada de especial encanto.

Las rehabilitaciones actuales se han hecho basándose en nuevos criterios de consumo que han quedado desfasados en coste tanto para la población autóctona del barrio como para los inmigrantes que vinieron hace pocos años a poblarlo. También los edificios de nueva construcción quedan fuera del alcance de los vecinos de siempre, según ellos mismos comentan.

Muchos vecinos tienen claro que la intención de los agentes dominantes de la ciudad era elitizar su zona llenándola de habitantes de clase media y alta. “Llenarlo de burgueses es lo que quieren, echarnos y llenarlo de burgueses”, me decía un vecino de unos cincuenta años con cierto enfado. Respecto a las transformaciones que genera el cambio de valor, Park explicaba que “el precio del suelo regula la distribución de usos y de población en el medio urbano. La desigual capacidad económica de los grupos sociales y profesionales y de las actividades económicas condiciona y explica la lucha por la apropiación (privada) del espacio” (1936: 1999:24). El mismo vecino afirmaba también que, si la economía hubiera mantenido el nivel de cuando empezó la inversión en infraestructuras y en vivienda, la estrategia habría sido un éxito absoluto. Es cierto que la crisis ha frenado un proceso que en principio era sencillo por el tamaño del barrio, pero solo lo ha ralentizado.

“Aquí vivíamos todos con las puertas abiertas”, comentaba un vecino de avanzada edad. Esta frase se repitió en varias ocasiones y, pese a que puede responder a cierta idealización del pasado generalizada en la tercera edad, creo que nos da también una pista sobre el contraste entre la antigua vida del barrio, protagonizada por los vecinos autóctonos y los trabajadores del mar, y la vida actual del barrio, protagonizada sobre todo por turistas, los nuevos hosteleros (restauradores, fundamentalmente) y los nuevos vecinos, la mayoría de origen extranjero. En cuanto a estos últimos, este cambio ha generado en muchos lugares que lo viven un temor a lo desconocido que ha desembocado en diferentes conflictos derivados de la multiculturalidad. Sobre esta cuestión, debo romper una lanza en favor de la convivencia positiva que se observa entre los viejos vecinos y los nuevos habitantes del Serrallo. Pensé que algún vecino se posicionaría en contra de la presencia notable de inmigrantes, como sucede en muchos

barrios que viven este mismo proceso de transformación. Se da muchas veces una conflictividad o competitividad entre nuevos y viejos vecinos que impide la convivencia. Sin embargo, los vecinos del Serrallo presumen del carácter plural que otorgó al barrio la vinculación con el mar. Pese a ello, la añoranza de aquella vieja forma de vecindad es permanente. Esta añoranza hay que tenerla en cuenta para entender el desplazamiento por el que optan muchos vecinos, ya que las redes sociales son uno de los principales motivos que amarran a los vecinos a sus barrios. Esta pérdida de redes genera cierta inseguridad personal que hace que se pierda en cierto modo el interés por el barrio y se mermen los impulsos de protesta ante los desajustes consecuentes del proceso de renovación urbana.

Los vecinos echan de menos, además de la vecindad, el carácter pescador del barrio, que hoy es de marcado carácter turístico. A excepción de en las ciudades turísticas “de toda la vida” (entiéndanse Roma, París y demás centros de peso histórico y repertorio monumental), la cuestión del turismo no estaba en la agenda política local de un modo tan destacado como hoy. Asumido el rol en el marco global por parte de las ciudades occidentales dentro del sector terciario, han proliferado los planteamientos que estimulan el turismo urbano como factor fundamental dentro de la renovación económica. El turismo es fundamental en la explicación de transformaciones urbanas como la del Serrallo. Prueba de ello es el hecho de que el ayuntamiento de Tarragona pretenda declarar al barrio como “zona de interés turístico”. A su vez, se han elaborado carteles que explican, bajo el interés de la marca Serrallo como sello de calidad en restauración, la localización de los establecimientos. Hablando de ciudad, se hace necesario señalar los puntos turísticos articulados en el territorio según su tejido socioeconómico donde se concentran los recursos y productos que se ofertan. Pero sigamos observando el barrio.

Tras la hora del desayuno y de la entrada de unos pocos barcos de pescado azul para la lonja, apenas hay movimiento. Los pescadores eran hace años, cuando el sector primario tenía un papel de primer orden en la economía estatal, los protagonistas del barrio, pese a que muchos no eran vecinos del lugar. Todos los vecinos sabían cómo iba la pesca, debido a que en la primera línea del barrio estaba la lonja. Allí se exponía el negocio del pescado, el arreglo de las redes y todas las actividades vinculadas que dieron apellido al barrio marinero del Serrallo. Pero, como ya hemos dicho, las cosas han cambiado mucho. La

lonja actual es un gran edificio moderno situado más al sur y al que solo pueden acceder los trabajadores con una tarjeta. Pese a ello, con una agudeza especialmente afinada, propia de los tiempos de crisis, a primera hora hay quien consigue sortear las puertas mecánicas y acceder para conseguir un cubo de pescado que vender o consumir, como cuentan quejosos algunos pescadores. También pude anotar algunas quejas de los pescadores acerca de la nueva lonja. El edificio lo proyectaron como las autoridades quisieron, sin preguntar ni tener en cuenta la opinión de los pescadores, los cuales consideran que es desproporcionado y genera muchos gastos innecesarios a su gremio. Esta falta de consulta, que también se dio genéricamente en el conjunto de las obras desarrolladas en el barrio, es otra pista sobre la naturaleza del fenómeno que aquí acontece.

La posición de los pescadores en los márgenes del barrio, ya sea en la lonja o en sus bares, es reflejo de la apuesta política por el sector servicios. En la zona que analizamos prima sobre todo la restauración, que convierte a turistas y hosteleros en los nuevos protagonistas del barrio. Estos ocupan la calle Trafalgar, que es la primera línea sobre el puerto, la arteria principal desde la génesis del barrio. En la actualidad, su vista es agradable, pues, pese a que en el paisaje pueden verse los brazos de maquinarias pesadas y la afluencia de vehículos sobre el puente del fondo, los barcos de pesca crean una atmósfera difícilmente eludible. Ese paisaje logra mantener la continuidad temática y la identidad del lugar, una vez retirados los pescadores de la zona. Dicha continuidad temática es muy útil para los restauradores y muy atractiva para los turistas.

El turismo cultural, factor básico para el desarrollo local dentro del urbanismo globalizado, que podría entenderse como aquel que busca conocer y disfrutar de los rasgos distintivos del lugar visitado, comprende desde la historia hasta la gastronomía regional. Para mantener este turismo, además de contar con las infraestructuras y equipamientos que lo soporten, es preciso disponer de una serie de ambientes urbanos, muchas veces simulados, que lo hagan sugerente y lo mantengan. Se generan así distritos temáticos con funciones concretas (como el consumo cultural, las compras o el relax) tanto en partes monumentales como en espacios que antes no tenían un fin turístico. Estas piezas turísticas encajan a nivel urbano en lo que Manuel Delgado explica como “una nueva forma de zonificación monofuncional”, donde dichas zonas responden a “una última versión de esa voluntad al tiempo política y empresarial por obtener una geografía nítida de la ciudad, compartimentación clara que distingue

comarcas fácilmente definibles, cada una con su asignación social, su funcionalidad, su público” (Delgado, 2007: 105). En este sentido, podemos observar que el ambiente costero que se ha formado en la línea puerto deportivo-atraques de lujo-tinglados del puerto-barrio del Serrallo está diseñado para convertirse en uno de esos puntos de referencia para el ocio donde se recoge desde parte de la historia y el patrimonio cultural de la ciudad (como el museo del puerto, las salas de exposiciones, los barcos de pesca, etc.) hasta la gastronomía tradicional.

Desde la municipalidad y las iniciativas privadas de los restauradores se intenta amarrar la identidad de lugar y alimentar el imaginario a partir de símbolos que buscan mantener el carácter pescador, pese al desplazamiento de los pescadores a los márgenes del barrio. “Lo pescador” del barrio puede verse en la carta de los establecimientos, que basan su oferta en el pescado, aunque no siempre sea local, como explicaba algún pescador. Se ve también en las paredes de los establecimientos, que lucen fotos antiguas de pescadores, flotadores de barco o nudos marineros; en algún mural del barrio, y en los monumentos temáticos vinculados al mar. En ese sentido, lo simbólico del barrio es aceptado de buen grado por sus habitantes, que prefieren conservar “lo pescador” así antes que apartarlo definitivamente del lugar. Una prueba de ello es la disconformidad que muchos vecinos mostraban en relación con la escultura de la rotonda que hay a la entrada del barrio. Se trata de una locomotora de tren que alude al puente que une el barrio con el resto de la ciudad. Muchos vecinos me comentaban que no les parecía lógico levantar un monumento a lo que, desde el último cuarto del siglo XIX, ha sido una limitación incómoda para barrio, y que, en su lugar, se debía haber puesto algo en relación con el mar, como podía ser alguno de los barcos que, bajo subvención, se retiran de la faena por las limitaciones de la economía europea.

Si nos sentamos en los bancos, bajo las nuevas pérgolas de la obra del paseo, podemos ver la fachada marítima del barrio con los barcos delante. Es la imagen del barrio más asentada en el imaginario del resto de la ciudad. A los pies de la larga pared de fachadas a cuatro alturas hay una hilera de carpas de plástico blanco y transparente (y alguna pequeña estructura de metal y vidrio o metacrilato) que se van llenando poco a poco. Hay familias y grupos de amigos españoles y extranjeros cuyos niños, si los tienen, juegan en el filo de las fuentes de la obra nueva del paseo, vigilados por sus padres a través de la transparencia de los toldos. Resulta bastante cómodo para los comensales poder ver, desde su

silla, que los chicos no pasan a la vía adoquinada con circulación que separa esta zona del trozo de paseo que da a los barcos. Estar al aire libre también permite que algunas familias puedan tomar algo en la terraza con su perro sentado bajo la mesa. La verdad es que se está bien al sol en primavera. Así lo creen y disfrutan los turistas de distintas procedencias.

En esta fachada marítima hay una tienda de ropa, un banco, una aseguradora, una pescadería y una tienda de objetos náuticos. El resto de los establecimientos, es decir la mayoría, son nuevos y antiguos restaurantes o bares. Entre la hilera de carpas y los bajos de los edificios de esa zona hay una confluencia constante de camareros ajetreados que llevan y traen paellas y bandejas repletas de bebidas y raciones. En ese espacio, afinando un poco el oído, podemos comprobar el peso de los movimientos migratorios y el turismo, gracias al contraste de acentos e idiomas: el acento rioplatense o centroamericano de los camareros, que se cruza con el catalán de los clientes de una mesa que acaba de sentarse; el susurro alemán de una familia que observa con atención cómo llega un típico arroz negro a la mesa de al lado, y el castellano del encargado que habla y ríe en un tono alto con quienes aparentan ser unos clientes fijos sentados ante una montaña de mejillones vacíos. Los olores y colores que circulan por esa estrecha franja se pueden leer en las pizarras que hay a las puertas de los restaurantes, junto a los encargados de los establecimientos (de camisa blanca los de los antiguos y de camisa negra los de los nuevos), que, con las manos en la espalda, supervisan el buen funcionamiento del servicio y ayudan en la medida en que va haciendo falta mientras se van llenando las terrazas hasta completarse prácticamente sobre las dos de la tarde.

Siguiendo el paseo, tras pasar una heladería (como siempre, vacía hasta dentro de un par de horas) y un kiosco, nos encontramos de frente con el edificio de la cofradía de pescadores, con un restaurante tradicional y un bar antiguo de pescadores jubilados donde, según la temperatura ambiente, se les puede verse o no echar una mañana de dominó. Este edificio, junto a la pequeña iglesia neogótica de Sant Pere y la nueva y moderna lonja de los pescadores, nos sirven como punto de partida para clasificar lo que sería la tercera zona del barrio. Esta zona se extendería desde aquí hasta el final físico del barrio, el borde que impide continuar al peatón y permite el paso exclusivo de los trabajadores del puerto.

En los metros que van desde la iglesia hasta ese borde se pueden diferenciar dos zonas: la más próxima a la zona de la iglesia y la zona de las calles perpendiculares al paseo, a diferencia de las vías principales de todo el barrio, que transcurren en paralelo. En la primera zona hay otros dos restaurantes bastante grandes con sus correspondientes terrazas. Es habitual ver esperar en la puerta a grupos de gente con chaqueta y corbata, quizás grupos de empresas, que parece que tienen reservadas mesas fuera o en el interior. Están en edificios de ladrillo visto más modernos que los otros de la zona y justo delante de ellos hay una placita con un monumento relativo a la pesca y un parque infantil con columpios en forma de barco que dan a la vía adoquinada que recorre toda la primera línea. Nunca he visto muchos niños jugando ahí.

La zona de edificios rojos que forman las calles perpendiculares y en curva al paseo de Trafalgar (Salou y Llepant, en principio edificios de la marina, como reza un azulejo) tiene un aspecto más gastado por su pintura deteriorada y sus bajos con portones de madera cerrados. Su continuidad, acorde con la hilera de los coches aparcados a sus puertas, uno tras otro, solo se ve alterada por el local que comparten la Asociación de Vecinos y los *Diables*, que está al principio de la calle.

En esta zona podemos ver dos elementos que sirven a muchos vecinos para argumentar que los beneficiarios de la inversión no han sido los vecinos, como sería lógico, sino los turistas y hosteleros. En primer lugar, los vecinos se quejan de la falta de aparcamientos que viven desde que la zona en la que se solía aparcar fue reformada y no se habilitó un nuevo espacio para estacionar los vehículos en condiciones similares. Además, se quejan de los desorbitados precios del nuevo parking del barrio, el cual, según los vecinos cuentan, está destinado a los turistas que van a los caros establecimientos del barrio y del puerto. La falta de aparcamientos es visible si observamos las dobles y triples filas de coches que se acumulan en esta última zona del barrio.

En segundo lugar, y en relación con las necesidades de los diferentes agentes sociales del barrio y la intencionalidad de la inversión, hay que mencionar que, pese a la antigüedad institucional y cultural de la colla de *castellers*, esta ensaya fuera de su propio barrio por falta de medios. Además, siguiendo con la falta de atención del gobierno local a todo lo que no tenga que ver con el turismo, según muchos vecinos explican, hay que añadir que los *diables* y la asociación de

vecinos comparten un local muy pequeño en la zona sur que describimos ahora por el que tienen sus disputas.

Al final de esta zona, entre las calles Sant Joan y Llephant, hay otros dos restaurantes con sus pizarras llenas de platos típicos y alusiones a la mar como un marinero de metal que adorna la puerta.

Los sábados, en torno a las cinco de la tarde, las terrazas de los restaurantes se van vaciando y la heladería tiene ocupadas las pocas mesas que tiene fuera. Solo quedan en las terrazas algunos camareros y trabajadores de la cocina que toman un café antes de ir a casa a descansar un poco para asimilar con buena cara el turno de la noche. Las calles del interior quedan prácticamente vacías y solo se ve movimiento, y no demasiado, las tardes que entra pescado blanco de arrastre. Pasan así unas horas hasta que, a eso de las ocho, vuelven al barrio los grupos de consumidores desde la ciudad y desde la zona del puerto deportivo para volver a llenar las terrazas. En verano, la noche es más animada; la gente de la ciudad y de fuera busca el frescor de las terrazas del Serrallo. Al mediodía, el calor y la humedad llegan a incomodar, de modo que casi es más agradable estar en las pocas mesas de dentro, al ambiente de las frigorías, que al resguardo de los toldos. Pese a esto, siempre se pueden ver algunos grupos de turistas que disfrutan del sol incluso con el torso enrojecido al descubierto.

De nuevo, las terrazas de la calle Trafalgar suenan y huelen como al mediodía, mientras algunos vecinos ven el fútbol en los bares de las calles interiores. Hasta las once y media de la noche siguen funcionando las cocinas, y hasta la una de la noche aproximadamente sigue la actividad entre copas largas, helados y otros postres en Trafalgar. El personal de los establecimientos que va terminando, la mayoría jóvenes inmigrantes, junto a algún autóctono, se concentra en la barra del interior y, a medida que quedan menos, se reúne en la última terraza abierta para aprovechar el rato de fin de semana que les queda y salir juntos.

El cambio de actividad de la primera línea del barrio, su lugar más destacado, nos explica cómo las transformaciones económicas derivadas de la globalización de las últimas décadas afectan a nuestras ciudades.

Al observar las transformaciones del Serrallo no podemos pasar por alto el hecho de que el resto de la zona del puerto vive un proceso similar, que comenzó antes y que no podía darse por finalizado si perduraba la degradación del barrio continuo que aquí examinamos. Y es que, como explica Smith, “una vez

que este proceso de elitización comienza en un distrito continúa rápidamente hasta que todos o la mayoría de los originales inquilinos obreros son desalojados y el carácter social del distrito se transforma totalmente” (1996: 33).

La degradación ignorada a conciencia, el desplazamiento a los márgenes de un sector de la población, la elitización y la segregación espacial, fenómenos presentes en el Serrallo, nos hacen echar la vista atrás y recordar a Lefebvre. Este, en su libro *El derecho a la ciudad* (1969), criticó el impacto negativo sufrido por las ciudades en los países de economía capitalista por haberse convertido en una mercancía al servicio exclusivo de los intereses de la acumulación del capital. Cuarenta años más tarde, tomando como ejemplo el barrio del Serrallo, podemos afirmar que los agentes urbanos con capacidad de intervención siguen manteniendo esa misma línea. Por nuestra parte, la de las ciencias sociales, seguiremos alimentando el debate.

Bibliografía

- BECK, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas de la globalización*. Paidós Iberia, Barcelona.
- BETTIN, G. (1982). *Los sociólogos de la ciudad*. Editorial Gustavo Gili, S. A., Barcelona.
- BORJA, J. (2003). *La ciudad conquistada*. Alianza Editorial, Madrid.
- BORJA, J. (2007). “Revolución y contrarrevolución en la ciudad global: las expectativas frustradas por la globalización de nuestras ciudades” [versión electrónica]. *Eure*, XXXIII (100), 35-50.
- BORJA, J.; CASTELLS, M. (1997). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Taurus, Madrid.
- BOURDIEU, P. (1988). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid.
- CASTELLS, M. (2004). *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, ISSN 02142686, Nº 62, 2004 (Ejemplar dedicado a: Crisis y Reinención de la Ciudad Contemporánea) págs. 41-56, de *La Era de la Información – Vol. 1* La Sociedad Red, 1994.
- CASTELLS, M. (1994). *La era de la información – Vol. 1* La Sociedad Red, Siglo XXI editores, Buenos Aires.

- CASTELLS, M. (1994). "Flujos, redes e identidades: una teoría crítica de la sociedad informacional". En Castells M., Flecha R., Freire P., Giroux H., Macedo D. y Willis P., *Nuevas perspectivas críticas en educación*, pp. 15-50. Paidós Educador, Barcelona.
- DELGADO, M. (2008). *Barcelona: urbanismo versus urbano. Ciudades en (re) construcción: necesidades sociales, transformación y mejora de barrios*. Barcelona, Diputació de Barcelona.
- DELGADO, M. (2002). *Los efectos sociales y culturales del turismo en las ciudades históricas*. Congreso Internacional sobre el desarrollo turístico integral de ciudades monumentales, Granada, 19-22 febrero 2002.
- DE ORTUETA HILBERATH, Elena (2006). *Tarragona: el camí cap a la modernitat: urbanisme i arquitectura*. Lunwerg editores, S.A., Tarragona.
- HARVEY, D. (1977). *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI Editores, Madrid.
- HARVEY, D.; SMITH, N. (2005). *Capital financiero, propiedad inmobiliaria y cultura*. Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.
- LEFEVRE, H. (1960). *El derecho a la ciudad*. Península, Barcelona.
- SOJA, E. (2008). *Postmetrópolis: Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Traficantes de Sueños, Madrid.
- PARK, R. E. (1999), *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Ediciones del Serbal, Barcelona.
- PUJADAS, J.J. (2005). "¿Ciudades acogedoras? Transformaciones urbanas, imaginarios y actores sociales", *XVI Congreso de Estudios Vascos*. Bilbao, pp. 365-373.
- SMITH, N. (2008). "Gentrificación generalizada: de la anomalía local a la «regeneración urbana» como estrategia global urbana". *Ciudades en (re)construcción: necesidades sociales, transformación y mejora de barrios*. Diputación de Barcelona, Barcelona.